

EL HOMBRE, SER EN TENSIÓN HACIA LA VERDAD SEGÚN LA *FIDES ET RATIO*

QUINTÍN TURIEL GARCÍA, O. P.

Man, a being in tension towards truth according to the *Fides et Ratio*

Throughout the Encyclical, *Fides et Ratio*, terms that mean tension are used abundantly. Concepts like *search, opening, tendency, yearning* draw an image of man as a being in tension. Man is configured as a being that has not yet reached his fullness; man is a being in need, above all, of himself, of his own truth. The search for the solution to the problem of man that manifests itself in the yearning to know the truth and the reality of man as open to mystery point to and draw an image of man as a problematic being. Man's fundamental problem lies in accepting that the solution to his own problem lies outside his reach.

Mi objetivo en este trabajo es, como su mismo título indica, llamar la atención sobre un aspecto de la Encíclica *Fides et Ratio* que es, por demás, interesante. Me refiero al lugar que en la misma ocupa la consideración del hombre como ser en tensión hacia la verdad. Dividiré el trabajo en dos apartados: 1. lo que dice la Encíclica.; 2. lo que no dice y podía haber dicho.

Lo que dice la Encíclica

Las ideas de la Encíclica en torno al tema formulado están expresadas sobreabundantemente en el vocabulario empleado. Voces como apertura, tendencia, búsqueda, capacidad, deseo, sed, plenitud, acuciar, angustia, asombro, aspiración, descanso... son bien significativas al respecto. Veamos algunas.

1. Búsqueda.

La idea de tensión implícita en este término o que pueda llevar a una situación de tensión es innegable. Aparece en esta forma gramatical y en la de buscar, de la que se deriva, alrededor de unas cien veces, casi siempre con el sentido de investigar, inquirir (la voz latina empleada es “vestigatio”, “investigatio”); en el número 33, el término, en una forma u otra, aparece 12 veces. Veamos algunos ejemplos:

- “búsqueda de la verdad última” (n. 5);
- “la respuesta última (que la razón) busca” (n. 23);
- “su afán de búsqueda” (n. 24);
- “búsqueda de una respuesta exhaustiva” (n. 26);
- “el hombre busca un absoluto (n. 47) que sea capaz de dar respuesta y sentido a toda una búsqueda”, “busca una solución definitiva” (n. 27);
- “no se puede pensar que una búsqueda tan profundamente enraizada en la naturaleza humana” (n. 29);
- “no busca sólo el verdadero bien para cada una de sus decisiones. Su búsqueda tiende hacia una verdad ulterior que pueda explicar el sentido de la vida; por eso es una búsqueda que no puede encontrar solución si no es en el absoluto” (n. 33);
- “lo que la razón humana busca sin conocerlo” (n. 34);
- “(resulta) difícil reconocer el sentido total y último de la vida que la filosofía ha buscado tradicionalmente” (n. 56);
- “abandonando ampliamente la búsqueda metafísica sobre las preguntas últimas del hombre” (n. 61);
- “búsqueda racional de la armonía y del sentido de la existencia humana” (n. 80);
- “precisamente esto hace difícil y a menudo vana la búsqueda de un sentido”, “búsqueda del sentido último y global de la vida” (n. 81);
- “capaz de trascender los datos empíricos para llegar, en su búsqueda de la verdad, a algo absoluto, último y fundamental” (n. 83);
- “para progresar en la búsqueda y en la profundización” (n. 100);
- “siente cómo su búsqueda es impulsada hacia su más alta realización” (n. 108);
- “para quienes hacen de su vida la búsqueda de la sabiduría” (n. 108).

Si algo se puede concluir con seguridad de todos estos modos de expresarse la *Fides et Ratio* es que el hombre es un ser intelectualmente

no desarrollado, pero que tiene que desarrollarse; que es un ser al que se le plantean muchos problemas que no puede evitar tratar de resolver, y, lo que es más, que él mismo es para sí un problema cuya solución busca constantemente, intentando para ello cuantas vías pueda parecer conducir a ella. El hombre, como diría San Agustín; es un ser cuyo corazón no conoce el descanso. La suya es una búsqueda que está enraizada en su misma naturaleza; es, por lo tanto, algo que obedece a algo anterior a la búsqueda misma, y que no es otra que el ser un ser en necesidad de algo, a cuya búsqueda se lanza. La tiene tan enraizada, que la posee en virtud de su misma naturaleza humana, cuya forma, el alma humana, es en potencia todas las cosas, incluso el absoluto, digamos aún Dios, cuya necesidad siente aunque no lo sepa (n. 34). ¿Qué otra cosa, si no, quiere decirnos la Encíclica con expresiones como “respuesta última”, “absoluto”, “verdad última”, “sentido total y último de la vida”, “preguntas últimas”...? Aunque la Encíclica parece situarse en un nivel fenomenológico, esa búsqueda o búsquedas no podrían darse más que en el supuesto de que el hombre sea un ser en necesidad y, por lo tanto, situarse más allá del fenómeno. El ser un ser en necesidad es lo que le obliga a buscar y así ponerse en tensión.

2. Apertura.

Apertura es otra de las voces empleada con frecuencia en la *Fides et Ratio*. Aparece muchas veces en esa forma y también en la de abrirse, abierto... Aparece en ésta y en las otras formas en torno a las 20 veces. Su empleo por la Encíclica no carece en absoluto de sentido; antes, lo tiene y grande. Pues con su empleo se nos describe al hombre como un ser abierto al misterio, a lo que el hombre con sus fuerzas no puede alcanzar. Aunque orientado (n. 47) u ordenado (n. 81) hacia él, o hacia la verdad (n. 49), es, sin embargo, algo que no puede alcanzar. La *Fides et Ratio*, en un determinado momento, nos dice sin más que “el empeño filosófico como búsqueda de la verdad en el ámbito natural permanece al menos implícitamente abierto a lo sobrenatural” (n. 75).

3. Tendencia.

Este término, tan íntimamente relacionado con el término clave de “tensión” del título de nuestro trabajo, aparece en la Encíclica muchas veces, si bien no tantas como en cierto modo cabría esperar. Pero, a pesar de ello, hay que decir que las veces que aparece lo hace en expresiones de valor fundamental. Por ejemplo, en expresiones como las siguientes:

– “la razón tiende inconscientemente por su naturaleza hacia el fin” (n. 41);

- “tendencia hacia la verdad” (n. 5);
- “quien vive para la verdad tiende hacia una forma de conocimiento...” (n. 42);
- “tensión hacia una plenitud” (n. 71);
- “tiende a la perfección” (n. 25).

Y dado que, como ha dicho siempre la teología y la teología se encarga de recordárnoslo, la gracia supone la naturaleza y la perfección, y como todo lo perfectible tiende, desea, por su misma naturaleza, su perfección, hay que decir sin más que la naturaleza tiende hacia la gracia y, en definitiva, a la visión de Dios como lo perfectible de su perfección. Es la tendencia innata a toda potencia, puesto que toda potencia –por lo tanto, también la inteligencia– está por su misma naturaleza inclinada a su acto y a su objeto, porque en ellos está su perfección, y ese objeto-perfección, en el caso de la inteligencia, es la verdad.

4. Deseo.

El empleo del término “deseo” en la *Fides et Ratio* tiene un interés muy especial. Aparece unas cuantas veces y, siempre o casi siempre, emparejado con voces como “conocimiento”, “verdad”... El deseo en cuestión es siempre el deseo de conocer. En su lugar se emplea a veces afán, aspiración, anhelo, pasión, etc. En el original latino las voces más empleadas para significarlo son *cupiditas* y *studium*. A continuación transcribo algunos textos:

- “Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él” (introducción), palabras que nos recuerdan o remiten al deseo natural de ver a Dios;
- “el deseo de verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre” (n. 3);
- “todos los hombres desean saber y la verdad es el objeto propio de este deseo” (n. 25)¹;
- “el deseo de la verdad mueve, pues, a la razón a ir siempre más allá” (n. 42);
- “movido por el deseo de descubrir la verdad última sobre la existencia” (n. 4);

1. Con la frase “todos los hombres desean saber” comienza Aristóteles su *Metafísica*. Sorprende que el original latino (de la Encíclica) diga *volunt* en lugar de *desiderant* y que se omita la palabra *naturaliter* (*physei*, en griego), cuando tiene tanta fuerza, pues se trata del deseo de la inteligencia que, por su naturaleza, está ordenada al conocimiento de la verdad.

- “el deseo de conocer es una característica común a todos los hombres” (nn. 16, 24);
- “en lo más profundo del corazón del hombre está el deseo y la nostalgia de Dios” (n. 24);
- “su constante apertura al misterio y su inagotable deseo de conocer” (n. 71);
- “el deseo de alcanzar la certeza de la verdad y de su valor absoluto” (n. 27);
- “... la llamada última dirigida a la humanidad para que pueda llevar a cabo lo que experimenta como deseo y nostalgia” (n. 33).

No son éstos los únicos términos empleados por la Encíclica que significan o, al menos, insinúan la idea de “tensión”. Pero los indicados creo que muestran suficientemente la situación de tensión que caracteriza al hombre, y precisamente como ser dotado de inteligencia o razón.

Lo que la Fides et Ratio no dice y podía haber dicho

En las páginas precedentes creo haber mostrado que la *Fides et Ratio* nos presenta claramente al hombre como un ser en tensión. Como un ser que comienza a existir sin estar en estado de plenitud, pero hecho para alcanzarlo. Es decir, comienza como un ser sin estar hecho, logrado, desarrollado, pero que tiene que hacerse, lograrse, desarrollarse, no sólo física, sino sobre todo moral e intelectualmente. Esta idea del hombre como ser en tensión o ser en camino pienso que está un tanto olvidada en el pensamiento moderno, incluso en el teológico católico, y creo que es de trascendental importancia. Doy este diagnóstico fundado en el hecho de la ausencia actual de conceptos como potencia y acto. Y son estos conceptos sin los cuales nada, incluso teológicamente, puede hacerse. Una tal omisión es la manera, ¡qué duda cabe!, que más directamente lleva al nihilismo. ¿Qué sentido puede tener la vida del hombre si no se ve en él un ser sin hacerse, pero con capacidad para hacerse, como ser en potencia que está o existe para ser actualizado y además de modo pleno?

En las páginas que van a seguir, después de haber mostrado que según la *Fides et Ratio* el hombre es un ser en tensión, quisiera mostrar que, por ese mismo hecho, el hecho de ser un ser en tensión, tienen que ofrecérsele los medios para salir o superar ese estado de tensión.

Lo haré, quizá con algunas repeticiones, diciendo que, al ser el hombre una realidad orientada a la adquisición del saber, ser un ser dotado por naturaleza de un deseo de conocer y de conocer a Dios en Sí

mismo; estar abierto a algo que vendría a llenar la necesidad o vacío que siente en sí y le empuja a la búsqueda, un ser que por naturaleza tiende a ser lo que no es, pero que puede y debe o tiene que ser —todo esto nos lo dice la *Fides et Ratio*, como hemos visto— nada mejor podría describir al hombre que decir de él que es un ser problemático.

Efectivamente. El hombre es un ser problemático. Es un ser que por su esencia misma es un problema. Con esto no digo, no quiero decir, ni más ni menos, que lo que de otra manera he dicho hasta ahora y dice la *Fides et Ratio*. Pero si ello es así, si el hombre por naturaleza es problema, es una mezcla de acto y potencia, cuya tarea sería la de reducir a acto lo que de potencial haya en él, ¿cómo puede ser reducido a acto? Sin temor a duda alguna puede decirse que esa actualización no puede ser algo que pueda llevar a cabo él mismo o dejado a sí mismo, ya que, como hemos dicho, es un ser problemático.

Permítaseme presentar la tarea o quehacer teológico de explicar de otro modo lo que al hombre le queda por hacer. El hombre tiene problemas. Su inteligencia es “*tanquam tabula rasa*”, agobiado por problemas que él tiene la tarea o misión de resolver, y de ese modo, poco a poco, lentamente, reducirse a acto. Precisamente, la historia de la cultura humana o del pensamiento no consiste, no ha consistido y no consistirá sino en tratar de resolver esa multitud de problemas, y de ese modo ir llenando, hasta colmarlo, ese vacío que desde el principio de su existencia posee la inteligencia del hombre, tan distinta en esto de la del ángel.

Pero hay problemas y problemas. Hay problemas que no afectan al hombre vitalmente, sino sólo especulativamente.

Llamo problemas vitales del hombre el de su destino, el de su muerte. En el caso del ángel, el problema es único o fue único, el de su destino; en el caso del hombre es al menos doble: el de su destino y el de su muerte, estando relacionado con el problema de su muerte los problemas de la concupiscencia, la ignorancia, la malicia y la enfermedad².

Esos dos problemas vitales del hombre, el de su destino y el de su muerte, son problemas contra los cuales el hombre nada puede hacer. Y

2. La teología clásica considera la concupiscencia, la ignorancia, la enfermedad, la malicia y la muerte como efectos del pecado original. Ello es muy cierto. Son tales de hecho, debido al hecho del pecado original que, a su vez, depende de otro hecho, el de la creación del hombre en el estado de justicia original. Incurriendo en el pecado original, aparecen esos defectos, contra los cuales el hombre había sido provisto con la justicia original. Pero tales defectos son también naturales, que pueden darse en la naturaleza, independientemente de todo pecado. De ahí que pueda decirse y haya que decir que la doble consideración de esos defectos como pena por el pecado original y como naturales obedece a una doble consideración de la naturaleza humana, como naturaleza pura y como naturaleza caída, caída porque previamente había sido elevada. Pero objetivamente no hay diferencia entre una y otra; sólo es distinta la perspectiva.

eso lo sabía él. Aristóteles, para quien el alma humana es inmortal –hablo de Aristóteles según lo interpreta Santo Tomás –, el hombre no puede ni evitar la muerte ni conseguir con sus solas fuerzas su destino final. De la muerte, “el más terrible de todos los males”³, que es inevitable, ya que por ser la inmortalidad algo imposible para el hombre, no puede ser objeto de elección, pues se elige lo que es posible⁴. Por lo que se refiere a su fin último, tampoco puede hacer nada el hombre. Digámoslo de nuevo: al ser por naturaleza problemático o en potencia, nada puede hacer, pues sólo lo que es acto puede reducir a acto lo que está en potencia.

Aristóteles sabía esto muy bien, pues en el libro primero de la *Ética a Nicómaco*, donde trata de la felicidad del hombre, no de la del alma humana, dice que el hombre no puede aspirar más que a conseguir una felicidad imperfecta e insuficiente. Tenía que ser así desde el momento en que la muerte, como espada de Damocles, se cierne sobre él y hace que no pueda alcanzar la felicidad perfecta ni en esta vida ni en la otra: no es ésta, debido al menos a la muerte; tampoco la otra, porque la felicidad del hombre consiste en la visión de Dios, que él no consideró ni podía considerar, y es felicidad del mismo en alma y cuerpo, para lo cual tendría que haber resurrección, que sólo es posible con la intervención directa y exclusiva de Dios.

Brevemente, para Aristóteles, pensador realista como pocos, el hombre es un ser cuya capacidad es mayor que lo que con sus solas fuerzas puede reducir a acto. La prueba de ello está en que nada puede hacer contra la muerte y por alcanzar la felicidad plena.

Además de los señalados, los problemas, especulativos y prácticos, son muchos más; pero la solución a los mismos tampoco está a su alcance. Citaré solamente uno de entre ellos, el de la creación del mundo *ab aeterno* o *in tempore*. Problema que ya Aristóteles⁵ conoció, y los medievales, entre ellos Santo Tomás, trataron ampliamente. Menciono únicamente éste como prueba de que el hombre puede llegar a tener conocimiento de problemas cuya solución le trasciende.

Vemos, pues, cómo existen cuestiones que el hombre –también el ángel, pero sólo por lo que se refiere a su fin último o bienaventuranza– no puede resolver, y de las cuales no puede desembarazarse. Las cosas

3. ARISTÓTELES, *Ethic*, III, 6 (1115 a 26), Bekker.

4. *Ibid.*, III, 2 (1111 b 21). Quisiera llamar la atención sobre la poca información que debió tener FESTUGIÈRE, A., (*L'idéal religieux des grecs et l'évangile*, Paris 1932, p. 56) cuando dice que los escolásticos, concretamente Santo Tomás, han interpretado erróneamente a Aristóteles al sostener que para él el alma humana era inmortal, cuando claramente no es así. En apoyo de su tesis, cita *Ethic*, III, 2 (111 b 21). Error increíble el de P. Festugière, ya que Aristóteles en ese lugar trata del hombre (*anthropos*), no del alma; y es claro que el hombre es mortal, tan claro, nos dice, que no hay hombre que, siendo sensato, elija ser inmortal.

5. *Topic*, I, XI (104 b 8, 16); XIV (105 b 25) (Bekker).

son así y no pueden ser de otro modo. Son así porque no es acto puro, y no pueden ser de otro modo porque no puede ser acto puro; es mezcla de acto y potencia, y por ser potencia, la plenitud a la que aspira y de la cual habla la *Fides et Ratio*, no está a su alcance.

La *Fides et Ratio* es clara al respecto. El hombre tiende, desea, está inclinado a conseguir la plenitud de sí mismo. Lo está por su misma naturaleza. A pesar de ello, esa plenitud es algo que por sí misma no puede alcanzar dejado a sus fuerzas.

Pero... ¿tendremos que quedarnos ahí? ¿No podrá la razón decirnos algo más? La *Fides et Ratio* parece quedarse ahí, si bien en algún momento parece sugerir que “la posibilidad de una vocación sobrenatural del hombre e incluso del pecado original” (n. 76) son doctrinas cristianas que estarían al alcance de la razón. Pero pregunto aún: suponiendo que ése sea el pensamiento del Papa, ¿podría la razón ir más lejos?

Al mundo y al hombre sólo puede asignárseles un sentido a su existencia suponiendo que Dios existe y que sea su creador. En todo caso, en el mundo hay orden; son todos y cada uno de los hombres los que sienten la búsqueda de la verdad, están abiertos, tienden a ella, tienen sed de la misma, de conocer la respuesta a los problemas más fundamentales del hombre, de modo especial al problema que el hombre es por su misma naturaleza. Son problemas para los que tiene que haber una solución desde el momento mismo en que tanto el mundo como el hombre han sido creados ordenados a su creador, y al conocimiento de la solución de esos problemas. De no ser así, todo sería un absurdo. Esa solución tiene que darse; de otro modo, Dios, que es el único que puede dárnosla a conocer, estaría jugando con el hombre; el hombre y el mundo existirían en vano.

El hombre puede conocer con la sola razón de que su felicidad consiste en la visión de Dios; que es algo que no está a su alcance y, por lo tanto, que es sobrenatural, trascendente, que supera sus fuerzas, siendo necesaria la gracia. Lo sabe debido al deseo natural de saber que, en definitiva, como dice muchas veces la *Fides et Ratio*, es un deseo de conocer a Dios en Sí mismo, de verlo en su esencia. Si todo ello es así, con la sola razón el hombre puede demostrar la necesidad de la revelación, que nos señale el camino que lleva a la solución de esos problemas vitales del hombre. Santo Tomás no ha podido ser más explícito al respecto: “Por consiguiente, nos dice él, hay que demostrar que es necesario que se le propongan al hombre para ser creídas aquellas verdades que exceden la razón”⁶, y cuya existencia ha demostrado previamente⁷. Tie-

6. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *SCG*, libro III, capítulo 5.

7. *Ibíd.*, capítulo 3.

ne que darse una revelación que nos dé a conocer las verdades que, creídas, salvan; tiene que ser así porque, de lo contrario, el hombre no alcanzaría su destino. Con la muerte, el alma comenzaría a existir separada del cuerpo, al que no podría volver a unirse por ser la resurrección algo sobrenatural; parejo modo de existencia del alma es violento, y nada violento puede durar perpetuamente. Por lo tanto, el alma tiene que volver a unirse al cuerpo, y juntos disfrutar de la bienaventuranza.

Mucho nos ha dicho la Encíclica, pero podía haber dicho más. Podía haber dicho que la bienaventuranza del hombre consiste en la visión de Dios, y que esa visión sólo con una ayuda venida de fuera, de Dios creador, con la ayuda de lo que llamamos gracia, puede ser alcanzada. Tiene que haber una resurrección, pues no tiene sentido un ser cuya existencia natural dure lo que dura esta vida, y la antinatural o violenta, que es la del alma separada del cuerpo, dure perpetuamente. ¡Absurdo!

Cierro estas reflexiones con las palabras de Santo Tomás que transcribo a continuación: “Todo apetito de la naturaleza o de la voluntad tiende a la asimilación de la bondad divina, y tendería a la bondad misma si fuese posible ser tenida como perfección esencial, que es forma de la cosa”⁸.

8. Íd., *In II Sent.* D. 1 q. 2 a. 2.